

X **ALFONSO BARRERA VALVERDE**

X **DOS ENSAYOS SOBRE EL DESTINO
DE LA UNIVERSIDAD**



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Presentamos al público y especialmente a los profesores y estudiantes universitarios, dos ensayos sobre el destino de la Universidad, escritos por el prestigioso escritor y poeta, doctor Alfonso Barrera Valverde.

El doctor Barrera aborda el problema universitario en forma nueva al par que meditada y profunda. Coloca el problema de la Universidad y su destino en el centro de los problemas que tiene que plantear y resolver la humanidad de hoy.

La Universidad Central, que cuenta en su personal docente, con el señor doctor Barrera, tiene a honra publicar tan valiosos ensayos que serán motivo de comentario y de elogio por los lectores.

ALFREDO PEREZ GUERRERO.

DOS ENSAYOS SOBRE EL DESTINO DE LA UNIVERSIDAD

PRIMER ENSAYO:

Variaciones en torno del Método

Las primeras instituciones
"Universitarias".

¿Ha radicado el origen de la
Universidad en una mediación
entre las civilizaciones y la cul-
tura? (1)

Sea lo que fuere, en todo ca-
so, desde que la Universidad exis-
te, no hay institución más llama-
da para ese destino. Examinemos
algo de su pasado y de su poten-
cia.

Ciertamente, el contenido del
viejo vocablo "Universitas" no
es el mismo que el de la actual
Universidad. Con el paso del
tiempo, lo que los conceptos
pierden de perspectiva ganan de

precisión. La voz empleada en-
tonces para una colectividad ha
devenido, más tarde, símbolo de
contacto pedagógico.

Empero, muchos elementos de
la primitiva idea permanecen.
La Universidad, como la antigua
institución de ascendencia lati-
na, no se explicaría hoy sin una
dinámica de corporación, sin una
concurrencia de fuerzas genera-
doras, subordinadas a jerarquías
intelectuales, que no son sino la
consciente sobrevivencia del pa-
triarcado nómada.

No se puede prescindir, al con-
siderar nuestra actual Universi-
dad, del concepto gremial carac-
terístico del Medievo. Recorde-
mos que en la llamada Edad Me-
dia los estudiantes constituían
una verdadera masa migratoria,
susceptible, por lo tanto, de ser

(1)—Véase el "Segundo Ensayo sobre
el destino de la Universidad", in-
mediatamente después de este.

extorsionada y mal vista. De tal suerte, la conciencia del exilio, del tránsito, jugó, positivamente una vez más, por reacción, en favor del universalismo, y de la santidad de los principios sociales, aún contra los poderes políticos.

Y en cuanto, durante la Edad Media, no todas las monarquías se ligaron a la Santa Sede, la Universidad, dentro de los reinos relativamente autónomos es precursora de libertad religiosa en la educación. (2).

(2)—Me explico: veo positivos los resultados de esa libertad, porque el conocimiento constituye derecho personalísimo, vinculado básicamente a la familia pero superior a cualquiera otro factor extraconciencial. Con esa conquista, la Universidad, a buen tiempo, ya en la Edad Media, quiso beneficiar tanto a los institutos como a la Iglesia misma, porque, a título de vigilancia moral, lo que se encuentra en la historia de entonces y en la posterior, cuando se mixtifican esos conceptos, sólo es plácido sometimiento de las jerarquías eclesiásticas a los favores de regímenes reaccionarios, interesados y absolutistas, no siquiera subordinación de los Estados a la Iglesia, según tan generalmente se ha pretendido.

La enseñanza de la Religión, que, personalmente, la veo de gran utilidad, constituye, en mi concepto, derecho y obligación de la Iglesia, sea por sí, sea por intermedio de la familia. En tal virtud, pretender, como se pretende, que los Gobiernos mantengan económicamente cátedras eclesiásticas equivale, no

La libertad de enseñanza.

Por cierto, las bulas, que señalaban la protección oficial del Vaticano en favor de ciertas casas de docencia, llegaron a acreditar la potestad de enseñanza, en los siglos XII y XIII. Mas, al margen de esas bulas, crecieron poderosas instituciones. Oxford, por ejemplo, se apropió de todos los derechos, sin necesidad de concesión papal. Y, más tarde, en la época de las luchas religiosas, tanto Oxford como Cambridge adhirieron firmemente a la Iglesia de Inglaterra y a la tradición nacional. En el continente europeo mismo, sobre todo en Alemania, la historia de la Reforma se identifica por la historia de la Universidad.

Es lógico. Esta institución que, desde simple reunión de estudiantes y maestros en el "studium generale" o "universitas" había pasado a constituir un cuerpo colegiado en la "universitas", no pudo menos que inter-

a supeditar la educación a la Iglesia sino la enseñanza religiosa a la voluntad y a la capacidad material de los Estados. Como se ve, sin perjuicio de renovar mi convicción espiritual, clamo por el más libre movimiento del Poder Eclesiástico, por encima de los no siempre limpios negocios estatales. Mientras menos tengan que ver obispos con regímenes y peor aún con dictadores menos contaminada quedará la Religión.

sar a poderes tan distintos como los reyes y los Papas (3). Pero, cuando el estado económico de los pueblos de la Europa central y meridional, las crisis de la propiedad mobiliaria, la penuria de la nobleza pequeña, los apuros financieros de los dignatarios de la Iglesia (4) derivaron en esa poderosa rebelión de ciudad (5) que se llamó Reforma, la institución universitaria fue el primer sitio de experimentación de ideas. Y esta frase comprende tanto al "studium parisiense" o Universidad de París, "cristiana y escolástica" según la quisiera Inocencio III, como a los planteles alemanes, envueltos más tarde en todas las luchas políticas.

Hasta allí, lo que más llama la atención de la Universidad antigua y medioeval, por no incidir directamente en el aula; anotado todo ello, antes que examinado.

Método.

Pero el avance universitario en cuanto al método no ha sido por menos espectacular menos decisivo para la historia del pensamiento.

Lo peor que tuvo la Edad Media, según varios autores a los que cedo mis razones, fue el nombre. Situada entre dos etapas características, la llamaron "Media" más por didácticos fines que por precisión lógica. Empero, el Medioevo no representa propiamente una transición de la Edad Antigua a la Moderna. No oculto que, respecto de la innegable sobrevivencia del feudalismo en nuestros días, siento gran aversión a la Edad Media. Mas, en materia de especulación científica, dicha época es más bien un retorno, en el buen sentido, una retrospección hacia el clasicismo, hacia los maestros griegos y hacia los principios considerados, por alguna razón, universales. La pureza lineal de la figura, las obras de Aristóteles, la Biblia, son las máximas búsquedas de la enseñanza medioeval.

De esta suerte, en aquel afán de afectuosa revisión, el método se dirigió, por dos caminos: la lección y la disputa. Según el primero, se leía y explicaba algún texto y se obtienen los "comentarios" tan abundantes en la época.

El segundo, la disputa, constituye una serie de "justas dialécticas", realizadas bajo la tutela del maestro. Los actuales debates públicos escolares o colegiales son, en mucho, desambientados vestigios de la Edad Media, época en la cual el profesor reunía los puntos de vista y dirimía

(3) —Etienne Gilson: "La Filosofía en la Edad Media".

(4) —Frantz Funck-Brentano: "El Renacimiento".

(5) —Jacques Bainville: "Al protestantismo adhirieron sobre todo la nobleza y la burguesía, mientras la población de los campos, a la cual la crisis económica no había alcanzado, permaneció indemne".

sobre ellos, con autoridad irrefutada.

Ortega y Gasset ha querido desvincular, en el Medioevo, la investigación y la Universidad: "La Universidad Medieval no investiga" "Lo cual no es decir que en la Edad Media no se investigase" (6) Mas, en este punto, discrepo hondamente del parecer de tan valioso pensador español. Según él, la Universidad de la época se ocupa muy poco de la profesión, todo es "cultura general" —teología, filosofía, artes".

¿A dónde vamos por ahí? Coincido en ver algún asomo de individualismo en la Edad Media. Reservo respecto de ella cierta dosis necesaria de libertad racionalista. Pero, tan de la profesión hace Ortega al investigador que esta labor no deja incidir fuera de aquélla.

Considero muy peligrosamente expuesta la posición de Ortega, por lo que pudiera afectar al destino de nuestra institución. El profesional serio sólo se halla entre los investigadores, pero éstos, con o sin profesión, son un temperamento incondicionado, finalista y casi siempre genial. Hacer que el adelanto científico dependa del profesional es, a secas, apresuramiento y ligereza.

Los valores de la Edad Media.

De la Edad Media, el método y la Universidad constan entre los grandes legados útiles para nuestra manera de pensar, en tanto que, por primera vez, conducen el conocimiento a la elección y abren el camino para que el aprendizaje marche sobre comparaciones. El silogismo peca de rigidez pero no cabe negarle contextura racional y forma aprehensible. Descartes, mismo, ingenuamente, lo utiliza para combatirlo.

Y así como los escolásticos destacaron su poder en el método inductivo y abrieron las puertas de la deducción, no como necesidad contrapuesta sino complementaria, son también los maestros de enseñanza superior los que, desde esas fechas a las nuestras, exploraron la verdad por los medios sintético y analítico. Por más que se quiera tenerlo por discurso de ciencia pura. "El Método" de Descartes contiene la ciencia más aplicada, a saber, la pedagogía, una pedagogía claramente universitaria y superior.

Ni Descartes ni Leibnitz hicieron más que revivir gloriosa y sistemáticamente viejas prácticas universitarias.

El método en épocas posteriores.

Pero lo que en verdad hermosea al método, lo que lo ubica, a

(6) —"Misión de la Universidad".

la vez, dentro y fuera de la Edad Media y de cualquiera otra época, es la dificultad con que se deja aprehender y jerarquizar. Mientras él sea esquivo, la ciencia y la Universidad existirán, unidas en la lucha.

La dificultad de aprehender los principios no es base deleznable. En efecto, la majestuosa labor de Kant consistió sobre todo en echar por tierra cualquier principio de soberbia cognositiva con el establecimiento de la imposibilidad de llegar nunca al conocimiento cierto.

De allí, también que la obra inmediata, de andamio, de división y definición de objetos, sujetos y materias, sea, para gloria de Locke, la aspiración mejor a la cual puedan dirigirse los investigadores y las instituciones universitarias. Hay en esta corrección de perspectivas, en tal honesta medida de posibilidades, una misión de humildad, que, acaso, sea lo más noble del destino sobre el cual estamos conversando.

No pecamos por arbitrarios al detenernos en el método para hablar de la Universidad. Así como ésta es el lazo de los vestigios de las civilizaciones con la cultura, el método es el denominador común de las ciencias. Y, en este punto, la Universidad ha cumplido una labor inconmensurable.

No es el presente estudio el más adecuado lugar para la bio-

grafía del método. Sólo diré, y ello para no pecar por inhibición en un tema donde la dificultad consiste en la abundancia, que la vida del método jamás pudo prescindir de la Universidad, desde que ésta existiera.

Rogerio Bacon, el buen hombre, poeta, filósofo, teólogo, presidiario, conoció las aulas vivas de Oxford y París. "Experimentarás, experimentarás" se le escuchó, durante su tránsito por la tierra, cuando, triunfante y combatido, a la vez, ya en el siglo XIII miraba por el hombro la rudeza del escolasticismo, despreciaba a los fanáticos y asentaba su fe sobre la armonía de los órdenes interno y exterior. Antes que al conocimiento por éxtasis, declaró, echando por tierra el prejuicio de que el esteta es un evadido, sujetémonos al conocimiento por argumentación y experimentación. Y dejó proclamados, de tal manera, los principios superiores que mucho más tarde vienen comprendiéndose: los cuocientes son para la intuición, para el afecto y los impulsos, más poderosos en último término que el pensamiento; pero las cifras divisibles son para el raciocinio, menos taxativo pero el único posible de generalización.

Francisco Bacon, el estudioso de Gray Inn, también es, fundamentalmente, un espíritu universitario, como su genial antecesor filosófico. Prescindir de la hipótesis y de la conjetura, con todo

lo negativo que tiene tal posición, no fue escasa cuota para la búsqueda de la certeza, fin puro de las ciencias.

Augusto Comte —para quien el positivismo es un "sentido común generalizado y sistematizado"—, revolucionario y a medias agnóstico, desenvolvió la parte substancial de su vida en torno a los vaivenes de la institución universitaria. Por más que Saint Simon aparezca demasiado en sus criterios, la gran obra de Comte no se entendería sin las aulas de la Politécnica de París y sin las aflicciones políticas del plantel, que llegaron al clímax justamente mientras el pensador formaba su futura actitud. Su método, que, en síntesis, es el método de las matemáticas, enunció, ya en el clarear de la vida contemporánea y bastante imbuído de criticismo, que el único principio absoluto es la relatividad de todo. Levantó, a fuerza de antítesis, la síntesis del pensamiento moderno, en lo que éste lleva de saludable temor a las afirmaciones radicales.

Quizá con Descartes anotamos la gran excepción a la patria potestad universitaria sobre el método. Pero quitamos el espíritu de aula de la Edad Media, las lecciones de los escolásticos, y no tendremos la muralla contra la cual hasta ahora resuenan y sangran los puños de este matemático formidablemente insatisfecho.

El pensamiento contemporáneo.

Lo curioso es que nuestro tiempo, con todas esas bases, después de búsquedas de soluciones colectivas para el problema del conocimiento, ha obtenido una gran victoria, confundible, a primera vista, con la derrota: en la suma actual de corrientes individuales, el método ha tenido que tomar un carácter maleable. Por más que el método, en sí mismo, constituye concepto moderno, y ha dejado de ser inductivo, deductivo, analítico, positivista para ser simplemente método, abarcando todo, digo, estamos, al fin, en el principio. Lo cual es glorioso, porque significa libertad. Veámoslo.

Juan Locke, el padre del nuevo liberalismo (7), parte de un principio de honradez para sus declaraciones: apartar lo que está fuera del alcance; vale decir: inhibirse del peligro innecesario. Lo original de las ideas es el contacto entre el espíritu y lo de fuera. El "experimentarás" del primer Bacon es repetido sin cansancio por este nuevo descontento. Los impulsos evasivos ("huuyamos de estos horrores, pongamos el vasto océano entre nosotros y tantos malvados, veamos si podemos encontrar la paz por nosotros mismos en alguna leja-

(7)—Francisco Esteve Barba: "Historia de la Cultura".

na Atlantis o Utopía") son, al fondo, lucha contra la tradición.

La verdad es que, al referirnos al siglo XVIII, estamos ubicando a Locke en un tiempo que no le corresponde, si nos atenemos a su influencia.

Desde comienzos de esa centuria hasta la nuestra, pasando por Montesquieu, Diderot, D'Alembert, las palabras del quietista inglés reiteran en el oído de los dirigentes sociales sus estables ideas y obtienen aún rotundas declaraciones, como, por ejemplo, que las ciencias y las artes no hacen mejor ni peor al hombre (8). Esa misma lógica de Locke lleva hoy, a los tres siglos de Rousseau, a la necesidad de un puro amor, aunque ya sin el deslumbramiento de Emilio, sino pleno de una serenidad conquistada por la más clara conciencia paulatina de la comunidad de problemas.

Ninguno de estos nombres, como tampoco el de Buffon, que intuyó la adolescencia del planeta; el de Lavoisier, detector de las circulaciones atmosféricas; el de Kant, buscador insaciable de las leyes del pensamiento; el de Goethe, desdoblador del vivir interno, náufrago vivo de la emoción; ninguno de ellos está en la historia sin un carnet de espíritu universitario.

¿Y qué decir de nuestros buenos tiempos, en que el filósofo suele ser, a la vez, maestro; el científico, laboratorista universitario; y el poeta, descubridor social antes que un hombre en evasión? Kierkegaard alinea discípulos de la calidad de Unamuno. El último sabio judío abre las ventanas de su cuarto en Norteamérica y, comparando la falsa visión aparentemente directa, de las estrellas, con la visión numérica real, descubre no tanto que el ser es divisible cuanto que el universo es finito. Carrera Andrade, cuya gran frustración consiste en la Universidad nacional abandonada y cuyo gran encuentro es la Universidad europea, se sorprende al saber que la verdadera conciencia del mundo constituye intuir que los seres mayores son una introducción al conocimiento de los seres pequeños.

Resumen.

Los grandes fenómenos de la cultura: la batalla cordial de la rica Holanda, que transó con el influjo germano en el siglo XIX; el ancestral y recubierto romanticismo inglés; los gérmenes del existencialismo, desvirtuados hoy a siglo y medio de crecimiento, la mansedumbre histórica de España, su apego a lo tradicional, que se disfraza en una absurda protesta reivindicacionista contra los valores del Renacimiento y de la Reforma; las ideas positivas universales de Wilson, dirigidas

(8)—Creo que Rousseau, al fondo, no es sino un buen sistematizador: "Discurso sur les Sciences et les Artes".

más a los pueblos que a los Estados; las recientes migraciones de sabios, por causas bélicas, desde el centro de Europa hacia la periferia: el Cercano Oriente y América; la gran transformación mental que se inicia en la contemporánea cristiandad, cuya masa siente ya un impulso para formar entre los revolucionarios del mundo, lejos de las maniobras capitalistas, que han aprovechado farisaicamente de su doctrina durante siglos (9), todos estos hechos se sucedieron y suceden con mucha referencia a la institución universitaria. Moleculeschott, el joven profesor auxiliar del plantel de Heidelberg; Kierkegaard; Bloy, el último trapecero de Emaús, ajusticiado diariamente en muelles y conciliábulos político-criminales; cualesquiera de ellos es origen y resultado de posiciones universitarias. Cada uno de estos tipos de hombre reinicia, de generación a generación, la cátedra, con la sabida fórmula: "Decíamos ayer."

La Universidad y las ciencias sociales .

Ahora bien, hay un fenómeno curioso en el campo intelectual,

(9) —Este es un tema que merece lento estudio. No me cansaré de repetir: el actual sentimiento cristiano —debería quizá aún decir pensamiento católico— ha de radicar, si quiere salvarse, en el retorno al espíritu social de las catacumbas, sin pérdida de la visión histórico de nuestros días.

cuyas proyecciones anoto muy tímidamente, porque no estoy seguro de pisar el fondo: las ciencias llamadas exactas ya van certeramente. Poco importa en ellas la discusión sobre cuál método les sirve mejor. Sin más, se experimenta, se induce, se deduce, conforme a los casos. Pero, en las ciencias sociales, apenas estamos en los primeros descubrimientos. Las recientes experiencias directas, sobre todo en el campo laboral, han probado que esas ciencias, como la física, la química, son susceptibles de teoremas comprobables y se sujetan a leyes más o menos constantes, de las cuales, tal vez, sólo hay que averiguar la frecuencia.

¿Por qué, pues, no ha de ser lógica la nueva orientación de la Universidad, que, exploradora al fin se preocupa más de lo social, de la materia en formación que de lo ya estructurado?

La Universidad en el Nuevo Mundo.

En este punto, debemos variar el ángulo de nuestra vista y enfocarlo hacia América. La Universidad europea ha cambiado poco. Su rica tradición, en lo externo, y su solemne contenido clásico le guardan de las aventuras.

La Universidad americana, en cambio, como ensayo, desde el siglo pasado, reúne toda la novedad que perdió la europea. Ul-

timamente, esta vieja institución ha beneficiado al espíritu de los insurgentes sólo en cuanto germina una insatisfacción y, por ende, la necesidad de reconstruir. Lo útil, en tal caso, ha sido la "oposición a la enseñanza", que, tal en Valéry, inculca una actitud antagónica a la del "primero de la clase" y salva la santidad de la cólera. (10).

En América, en cambio, en el otro lado de dicha declinación de la rebeldía europea, no hay más propicio clima para la insurgencia que el de la Universidad. Hablo de este fenómeno con el más noble concepto de revisión sobre las reglas tradicionales y de examen de métodos para el conocimiento. (11).

La enseñanza superior sudamericana, originada en una cultura conventual, se inició con prescindencia de las ciencias aplicadas. En el comienzo de nuestra Colonia, se hablaba de Universidad, pero no con el sentido actual. Lo que había eran altos estudios.

Mas, cuando los reyes comenzaron a conceder a América parte de la importancia que recla-

ma y merece, la institución universitaria se halló ligada, con toda justicia, a la suerte de las comunidades religiosas. Triunfos y vaivenes de los jesuitas, por ejemplo, cimentaron y dañaron los planteles de su dirección.

Aún en el siglo XIX, cuando comenzaron a incluirse en los planes de estudio el Derecho, la Economía, la Medicina, etc., la Universidad sudamericana pugnó únicamente por incorporarse al concierto europeo. La estadounidense, en cambio, más adelante, sin salir todavía de esa actitud ("El abogado a la Escuela de Derecho; el eclesiástico a la Teología e Historia Eclesiástica..."), asumió ya ciertas obligaciones diferentes y, para aquella edad, sorprendentes: "El agricultor a la de Economía Rural; el caballero, el arquitecto, el jardinero aficionado, el pintor y el músico, a la Escuela de Bellas Artes". (12).

Libertadas de España, las colonias de Sudamérica variaron su rol totalmente. Lo que ganó de circunspección, con la independencia, la Universidad estadounidense, sólo es comparable a lo que perdió de timidez la meridional. Mientras el norte se refugió en la especialización y arriesgó, de tal modo, el verdadero futuro de la Universidad, el sur perdió también el equilibrio, porque no

(10)—André Maurois: "Introducción al Método de Paul Valéry".

(11)—No definiendo, pues, ni al estudiante alborotador y arribista ni al pseudo-maestro, adulator de cursos heterogéneos. El insurgente responsable, sereno y culto, constituye el más bello fenómeno de la presente humanidad.

(12)—Carta de Jefferson a Peter Carr, 1.817, "American Profile", pág. 314.

se preparó antes de la lucha: los recientes problemas sociales precedieron a los estudios sociales; el afán libertario llegó antes que el conocimiento masivo de la teoría de la libertad.

Siempre con propias características, las dos Universidades han tenido que ceder ante el paso del tiempo. Las exigencias de Harvard de 1.642 —"el que pueda escribir y hablar verdadero latín en verso y prosa y decline perfectamente nombres y verbos en la lengua griega...."— se han transformado tan apreciablemente como las de San Marcos o las de la Carolingia.

¿Cuáles, dichas transformaciones?

Una, y fundamental, a primera vista: la indiscriminación entre los alumnos. Pero, mientras en Sudamérica se ha creído que el Estado tiene toda obligación, aún la de educar al universitario, en Norteamérica se ha conservado el deber familiar en este aspecto.

Aquí, un ligero paréntesis. Ya es hora de que los Gobiernos sudamericanos recapaciten y reemplacen la educación académica gratuita con la educación técnica gratuita. La enseñanza universitaria en los países subdesarrollados debe dirigirse al pueblo, cierto, pero entendámonos bien: a preparar dirigentes del pueblo, grupo conductor. La enseñanza elemental obligada, bien. La secundaria técnica, no pre-univer-

sitaria, bien. Pero una enseñanza pre-universitaria y universitaria **para todos** sólo pone hoy a la muchedumbre en contacto **con los problemas, no con los conocimientos** respectivos. He allí un sadismo social absolutamente nugatorio.

Meditación final.

La otra gran transformación: haber puesto al estudiante en su sitio, de conductor del pueblo, al cual representa; y haber, asimismo, puesto al profesor en el suyo, de enlace entre la meditación individual y las urgencias de la sociedad. Con Sudamérica, nuestra institución cargó a su cuenta el manejo de los destinos nacionales e internacionales.

De tal descubrimiento se originó un problema, tan propio de nuestra reciente pubertad social: por tomar demasiadas atribuciones, que torcían el recto manejo de esos destinos, la Universidad arriesgó su autonomía. La arriesgó, sin haber terminado de experimentarla.

¿Supo nuestra Universidad el verdadero concepto de la autonomía? (13) Ojalá, pero quede esto en tela de duda. Precisemos, con Mañach, que la autonomía debe ser tanto respecto de los Go-

(13) —En el otro ensayo vuelvo a referirme al fundamental aspecto de la autonomía.

biernos como de los partidos. No quiero averiguar la situación política personal de ese alto escritor. Eso compete a Cuba, a los planteles en que dictó cátedra y a su conciencia. Sin embargo, salvada cualquiera diferencia de criterio, qué honda la necesidad de que nuestra institución sea libre, limpia, como el espíritu del joven, al cual sirve. (14).

SEGUNDO ENSAYO:

DE LAS CIVILIZACIONES Y DE LA CULTURA

Las civilizaciones y la Cultura

Estamos, hoy, todos los hombres, tratando de contemplar, desde diversas alturas, los orígenes de la humanidad. Por desgracia, son pequeñas las colinas más accesibles y no se divisa toda la llanura. Cada uno de nosotros, suele ser, pues, el viajante que dijera Chesterton; vemos surgir

perfiles de ciudades, tumbas y guardias, siempre en espera del alba. Lástima que, al caminar sobre la noche, lo que más se escuche sea nuestro propio paso.

Creo, sin embargo, que esa búsqueda del origen es, más bien, afán por descubrir el destino. La caverna, las civilizaciones, el ruido gutural y las reinas sibaritas legendarias nos subyugan en cuanto el mundo, como hipótesis, pudiera estar retornando. Diga-mos, así, que las dos primeras grandes civilizaciones conocidas del Mediterráneo, Babilonia y Egipto, son botines del recuerdo pero, más bien, puntos de mira, medida para calcular cuán cercanos o distantes nos sentimos respecto de los primeros padres.

Lo curioso resulta que hoy el hombre, nuestro viajero, terciada la soledad, contempla vestigios más de civilizaciones que de cultura. Esta, la cultura, gran unidad permanente, influye, sin duda, pero resulta muy esquiva a los sentidos; en cambio la civilización es fácilmente sensible.

El problema actual surge cuando recordamos que la civilización, en estricto sentido histórico, sólo tiene el interés de dato y de instrumentos; la cultura, en cambio, el de gran unidad universal, que no admite pluralizaciones.

Ello es lógico: para nuestra formación material no hemos necesitado gran dosis de concien-

(14)—Intencionalmente, en un afán de universalización, de internacionalización, cualidades que deseo para la Universidad, saco mis dos ensayos del plano de las culturas nacionales. En ese plano, constan valiosos trabajos de personas tan serias como Arciniegas en Colombia, Mariátegui en el Perú, para no citar sino las cumbres. En el Ecuador, Alfredo Pérez Guerrero y Víctor Gabriel Garcés han dado a conocer altos trabajos sobre la Universidad y la Patria.

cia, sino, más bien, ser conducidos hacia y por obras concretas.

A veces, ni nos hemos percatado de cuánto hizo la cultura. Mucho del humanismo que disciplinó y educó a los ascendientes forma parte de nuestras propias actitudes, pero, por lo general, sin que lo sepamos. En cambio los instrumentos de civilización son apreciables: nos llegaron, ya intactos, ya perfeccionados.

¿Cuál, entonces, el camino para que nuestro viajero vislumbre el cuerpo de ciudades viejas en un estado anterior a la ruina, previo al despojamiento del espíritu? ¿Cómo obligar a que busque, tras los muros y los utensilios, la actitud mental y sentimental de los habitantes?

¿Cómo conducirlo más allá de Ogygia y enseñarle el corazón de los navegantes que precedieron a Ulises? ¿De qué modo acostumbrarle a explorar detrás de las vasijas, sin que las desprecie o las considere decorativas? En síntesis, ¿cuál la vereda que conduzca al equilibrio de los factores civilizaciones dentro del gran complejo cultura?

La Transacción.

Comienzo a apuntar, así, el destino de la Universidad. Quizás la urgencia de una transacción civilización-cultura ha encontrado hace algún tiempo su viabilidad. Presentémonos algunas consideraciones sobre el tema.

Hemos acostumbrado nuestras mentes, a fuerza de solamente vivir, a los testimonios de las civilizaciones. Pero la civilización es "la más pequeña unidad inteligible de cultura" (15). Lejos estamos de juzgarnos y ubicarnos según el gran todo que es la cultura. Más aún, para nosotros, exceptuadas las minorías humanistas, la palabra "civilización" significa apenas la propia que nos envuelve: occidental cristiana, en América y Europa, con olvido de que para el oriental su "unidad" puede ser, a la inversa, hindú, islámica, etc.

La Misión 1ª.

De allí se concluye la primera gran misión de la Universidad:

a) —procurar que la civilización establezca un puente con las civilizaciones, en busca de esa común techumbre que es la cultura..

¿De qué forma?

El viejo teorema protagoriano de que el hombre es la medida de las cosas sigue substancialmente demostrado dentro y fuera de la física.

Y, así, tanto el origen de las civilizaciones como el colapso o fuerza parabólica en declinación se explican con las respuestas o

(15)—Arnold Toynbee: "Estudio de la Historia"; "La Civilización puesta a prueba"; "El Mundo y el Occidente".

variaciones del hombre (llamado "factor creador interno", que debería llamarse en el plano terrenal, más bien "factor creador inmanente"). Ajena o no al "elán vital" de Bergson —fuerza que impulsaría las civilizaciones en un proceso de reto e integración—, la causa motriz hombre permanece aún después de que su efecto asciende, dura y declina. Distintas circunstancias, en verdad, la modifican, la integran a movimientos constructivos o destructores, pero al final el hombre es un espectador que se complace o duele de sus propias obras. He allí el puente que necesitábamos entre las diferentes civilizaciones.

Por algún tiempo, se consideró que ellas eran ciclos cerrados, imposibles de abrirse a la intercomunicación. Superada tal teoría, su sistematizador (16) ha ganado la gloria de constituirse, por antítesis, padre de uno de los grandes procesos cognocitivos. Porque, en verdad, siempre hubo el eslabón entre las civilizaciones; no éramos capaces de hallarlo porque lo teníamos en nosotros mismos: el hombre constituye ese eslabón, es conductor y testigo.

(16) —Oswaldo Spengler: "La Decadencia de Occidente".

La Misión 2ª

Surge, pues la segunda gran misión histórica de la Universidad:

b) —salvar ese eslabón: estudiar y presevar la verdadera contextura del hombre, como deber ante la especie y ante la relación cultura-civilizaciones.

No intentaré siquiera recurrir a conceptos para señalar cuál esa contextura. Las filosofías no escolástica, protestante, naturalista, fenomenológica, etc., desde varias actitudes, han ahondado los problemas en busca de una hasta hoy utópica aceptación universal de principios. Nótese que, de por medio, al mencionar esas filosofías, quedan dichos verdaderos espíritus de meditación: Hernan Schell, Spengler, Husserl. ¿Osaría pensar yo que la Universidad debe defender éste o aquél, de dichos conceptos?

No. Y queda circunscrita y más posible la misión universitaria:

c) —siempre que hablemos de preservación de la estructura del hombre, entiéndase esa preservación como la de **sus manifestaciones aceptadas generalmente**: 1) libertad de pensar, expresar y obrar; 2) posibilidad de conocer, comparar y decidir; 3) conciencia para percibir, sentir, reaccionar.

Esto invade todos los campos, aún el político. Por otra parte, el deber de preservar obliga a la U-

niversidad a dos clases de conducta, una "pasiva" y una "activa". La primera se relaciona con el simple conocimiento; la segunda, con los medios de obrar que deben servirse al estudiante, al profesional, al científico, al artista.

Veamos, ante todo, el conocimiento.

Conocimiento o Fase Pasiva.

Varias son las ciencias que tratan del hombre. Para la sociología, interesa "la unidad integrante de diversos organismos tales como la familia y el Estado". Para la psicología, es menester el hombre "tal y como se aparece a sí mismo". (17).

Comienza a comprenderse la gran responsabilidad de lo que se llama enseñanza superior cuando se recuerda que a la Universidad compete el hombre **en todas estas manifestaciones** de su contextura. Y no sólo para conocerlo sino para compelerlo a obrar.

Pero el gran problema universitario no consiste tanto en lo difícil de llegar a semejante meta. que todos la sabemos imposible de alcanzar perfectamente. Consiste, más, en saber cuánto puede conocerse, cómo puede medirse lo conocido y a qué factores se debe la restante obscuridad.

En cuanto al conocimiento, por suerte, con un proceder distinto al de los puros sistemas filosóficos, la Universidad ha sido más certera por más objetiva. Ha preferido, a la sola teoría, la teoría más la experiencia común. El conocimiento, según los filósofos, adheridos a la psicología, suele ser observable por nosotros en nosotros mismos más bien que en los demás. Esto lleva el asunto a un ángulo subjetivo y, por demasiado interior, muy difícil. Pero en la vida ordinaria y en concepto universitario el conocimiento ha sido algo que puede probarse por medio de exámenes, un género de respuestas a un género de estímulos. (18).

De tal suerte, el conocimiento o aspecto pasivo de la Universidad resulta conjunto mensurable, suma de calidades traducibles en datos.

La Fase Activa

¿Y qué del aspecto activo? ¿Cómo preservar las manifestaciones de la contextura del hombre? Si la libertad de pensar, expresar y obrar; si la posibilidad de conocer, comparar y decidir; si la conciencia en el percibir, en el sentir y en el reaccionar, fuesen ideales, sin contacto con el medio, suposición absurda, no tendríamos dificultades. Pero to-

(17)—Bertrand Russel: "Fundamentos de Filosofía".

(18)—Bertrand Russel: "Fundamentos de Filosofía".

da acción humana, en cualquier de estos sentidos, significa apropiación, lo cual crea un mosaico de intereses contrapuestos. Este principio no interesa sólo al Derecho, que, viene a ser la armonía entre las distintas tendencias individuales y colectivas (19) en busca de la comunidad jurídica del género humano (20). Interesa y rige a los fenómenos de todo orden, sujetos a lo que Bertrand Russel denomina "el imperialismo químico"; cada ser viviente (nótese que no se habla de géneros) procura transformar la mayor cantidad posible de la materia que le rodea en su propio organismo o en el de su simiente.

En esta lucha, la más importante unidad **individual** es el hombre. Y por generosamente que se mire esta humanización de la materia, no desconoceremos que nuestra especie, dentro del concierto de seres, si se dibujara como una gran mancha, daría la impresión de dos movimientos: uno de extensión, en que la masa unificada se expande, pero otro de intensidad, en que los individuos pugnan por imponerse sobre los demás.

¿Cómo debe orientar, por tanto, **nuestra Institución** la libertad de obrar, la capacidad de escoger y la conciencia de sentir, virtudes comunes a los hombres?

¿No significa, según acabamos de ver, la libertad de un individuo perjuicio para la libertad del otro? ¿No viene la libertad a constituir enemiga de lo social?

La Universidad y la Libertad individual.

Hemos afirmado, para comenzar este trabajo, que las civilizaciones son mosaicos, más o menos desligados uno de otro según el transcurso del tiempo y las razones del espacio; que ellos necesitan cohesionarse con la fuerza de la cultura, unificadora, indivisible y total. Hemos asignado a la Universidad el papel de poner a los hombres en mutuo contacto. He ahí, pues, que, según lo dicho, en un momento defendamos la trabazón de las manifestaciones sociales y, sin embargo, en otro, para relacionar la masa humana con la libertad, propugnamos el individualismo.

La contradicción, empero, es, apenas, aparente. En efecto, las doctrinas sociales, mientras más colectivistas, más respetan la libertad individual, porque van dirigidas a capacitarnos en el conocimiento y posibilitarnos en las alternativas materiales. La libertad no pugna ya contra la cohesión social. Ya no puede admitirse el viejo concepto utópico de la libertad como el derecho de escoger entre varias acciones, sabiéndose muy bien que el agente está compelido a una o algunas de ellas y más o menos prohibido de

(19)—José María Velasco Ibarra.

(20)—Francisco Suárez.

las otras. El moderno concepto de libertad trae incluso dos factores: el de conocimiento y el de **posibilidad**. No puede afirmarse, por ejemplo, que el pobre es libre para escoger su trabajo y el ignorante libre para nombrar sus gobiernos. Los dos están atados, servidores mentales, tan esclavos que ni siquiera sospechan de la existencia de la libertad, a la cual, de otro modo, aspirarían.

La Fase activa

Por lo tanto, el primer paso de la Universidad, dentro de su fase activa:

d) —enseñar al hombre (lazo de contacto causal y final) **la posibilidad** de ser libre, como requisito previo para enseñarle la **necesidad** de ser libre y, luego la de ser libre **dentro de un común sistema social de movimientos**.

La insurgencia.

El problema de la enseñanza universitaria gira con tales bases, en el de dilucidar las **posibilidades de rebelión dentro de los medios organizados**.

En efecto, el movimiento vital del hombre, llámese labor, gestación, etc., sólo se explica, en el campo instintivo, como una rebelión, consciente o no. Recordemos los más antiguos bronce con representaciones de los barcos micenos, grabados centurias antes de Cristo: los conducen navegantes afanosos de llegar pron-

to, en lucha contra las medidas convencionales de velocidad, de tiempo. Leamos el epitafio de los guerreros de Lacedonia: ("Id, amigos, decid a Lacedonia que en esta tierra estamos y que permanecemos obedientes aún a su comando") (21): no es testimonio de los enterrados; representa, más bien, el temor de quienes, todavía vivos, conocen la tremenda certidumbre y, más insurgentes que nadie, quisieran permanecer mayor tiempo que el fijado por el destino. Pensemos en el obrero de nuestros días, en el artista de nuestros días. ¿No son ambos seres un continuado empeño de ahorrar vida, buscar nuevos sistemas, destruir un orden establecido para reconstruirlo y procurar la transformación de los horarios?

He allí el papel de la nueva educación: orientar la insurgencia, conducirla hacia los "ideales" contemporáneos.

Menester es que la Universidad, cuyo campo incide tanto en el estrictamente educativo como en el de los demás problemas sociales, sepa con precisión:

I, la actitud **particular** necesaria frente a cada alumno; y

II, la general, frente al conjunto humano.

En cuanto a lo primero, desde tiempos atrás, los profesores nos legaron los útiles puntos de vista en la educación superior:

(21) —Herodoto, Libro III.

a) —la vocación;

b) —la profesión.

Estos dos puntos de mira, indiscutidos, son complementarios de otro: la dilucidación de los ideales contemporáneos, dilucidación que no puede venir certera sin

c) el contacto profundo con la cultura (22) de la cual hablamos en capítulo aparte.

La Vocación.

En el afán de dignificar las funciones humanas, desde la que satisface el hambre hasta la de la alcoba, los intelectuales han desvirtuado el concepto de vocación. Hay ahora abogados de vocación, edificadores de vocación. Empero, por mi parte, no conozco sino dos vocaciones: la del artista y la del científico.

No quito con esto, nobleza al artesano, al agrimensor o al tipógrafo que tienen aptitud para su ejercicio. Todo lo contrario, reconozco el cúmulo de derechos que merecen con o sin Universidad. Ya es hora de que los universitarios dejemos de exhibir un compasivo afán de procurar que los demás sean, como nosotros, de propender a que todos aspiren a constituirse pseudo humanistas, tal si el estado de los otros

no fuera en ocasiones más noble que el nuestro. Sepamos de una vez por todas que la vocación no hará feliz a nadie en el sentido de comodidad personal. La universidad, idealmente, es un centro de sacerdocio social, un gran sacrificio en cuanto exige conciencia de lo que está por destorcerse en el mundo.

Si la profesión debe ofrecer estabilidad económica, no extendamos este concepto al arte o a la ciencia, que son servicio sin destinatario particular.

Y, en este punto, adelantándonos a algo que veremos luego despacio, declaremos algo más: los universitarios estamos desorientando la bella senda de las muchedumbres. A fuerza de repetir que se las explota, lo cual es verdad, que tiene derechos, más que las plutocracias, lo cual también es verdad, estamos prostrando a dichas muchedumbres. Las hemos acostumbrado **antes de hora** a esperar todo del Estado y aún todo del Gobierno. De tal manera, queriendo rebelar a los humildes frente al instrumento de explotación, de tanto reclamar contra él, estamos volviéndolos dependientes y subordinados de ese mismo instrumento. Si el albañil supiera que la suya es una aptitud susceptible de mancomunarse sindicalmente con la de sus compañeros, si supiera que siendo albañil tiene derecho a reclamar una vida tan digna como la del abogado o la

(22) —Una anotación incidental: prescindamos, como aconseja Ortega y Gasset, del vocablo "cultura general", que es redundante.

del farmacéutico, si en mérito de cohesión de su clase y de las clases él viera que puede imponer al fin todas sus justas demandas, no trataría, como hoy, de que su hijo deje de ser albañil para ocupar el paupérrimo rol de profesional-empleado público o universitario-amanuense.

Debe diferenciarse muy bien: lo típicamente universitario radica en la vocación. Y la vocación es distinta de aptitud y de profesión. La vocación no da para vivir. El artista y el científico no se dedican a un negocio.

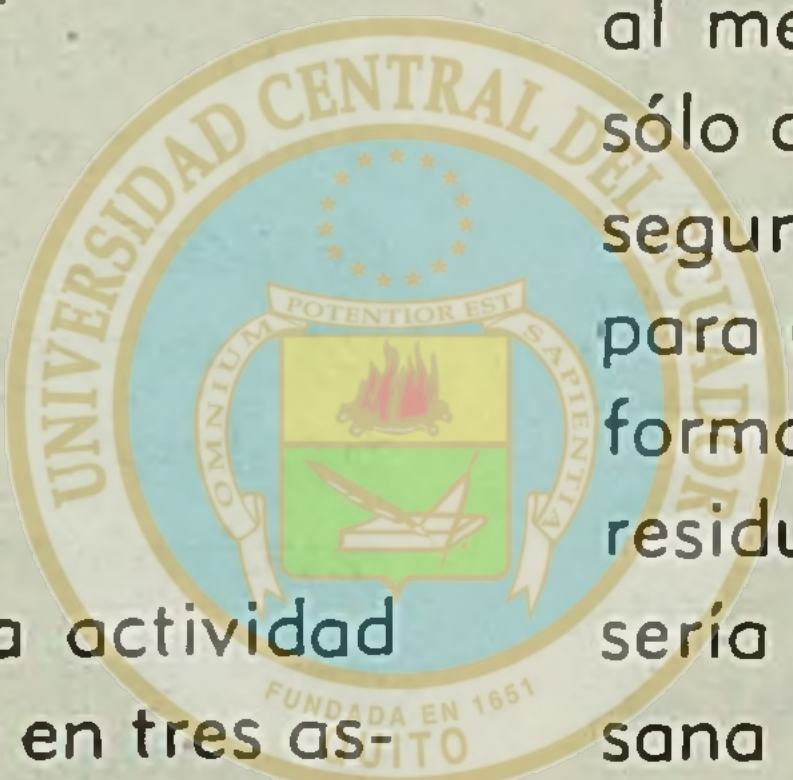
El pensamiento de Ortega y la vocación.

Cuando dije que la actividad universitaria se divide en tres aspectos, a saber, vocación, profesión y contacto con la cultura, quizás debí declarar una proximidad de este pensamiento con el de Ortega y Gasset, quien atribuye a la **enseñanza** universitaria tres funciones: transmisión de la cultura, enseñanza de las profesiones e investigación científica y educación de los nuevos hombres de ciencia.

Sin embargo, la proximidad es aparente. Veamos la diferencia. En mi concepto salvo lo atinente a la profesión, nada más debiera "enseñar" la Universidad: ni la vocación, ni la cultura son cuestión de recopilar datos y "transmitirlos".

No sólo esto. Me parece que el sitio mismo donde pisa Ortega es deleznable. Con la lógica de Leonardo —"el que no puede lo que quiere, que quiera lo que pueda"—, Ortega considera no **lo que debería aprenderse** sino que **lo que puede aprenderse**, con lo cual da por declarada, en materia de asimilación, una conformidad antipedagógica del universitario.

Admito que en este mismo ensayo, al tratar del método, reclamo de la Universidad modestia al medir sus alcances y entrega sólo de las partes ciertas, claras, seguras, del arte, de la ciencia, para que el científico y el artista formados sigan examinando los residuos en penumbra. Pero no sería consentible confundir esta sana conducta precausiva con una actitud de impotencia. ¿Quién pone el límite entre lo que se debe y lo que se puede aprender? ¿Dónde la unidad, para tan subjetiva y particular mensuración, que resiste a cualquier denominador común? Todavía más: sin afrontar el grave problema de qué **se debe aprender**, preguntémonos apenas **qué se puede aprender**. La contestación es hoy, aún así, tan insegura como en cualquiera otra edad. Así, pues, únicamente concluimos que la Universidad no tiene como función dar colecciones de datos ni transmite nada que no sea **una** necesidad de actitudes conscientes. Admitido, que,, para



DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

nosotros, vocación, profesión y contacto con la cultura constituyen aspiraciones universitarias subordinadas más a un espíritu de inconformidad que de resignación, más a una lucha permanente que a una sola victoria parcial, podremos entendernos sobre estas actividades.

Tareas Universitarias en cuanto a la vocación.

La vocación implica dos funciones de la Universidad:

a) —estímulos en cuanto al alumno;

b) —aplicación del método en cuanto a la ciencia o arte pertinentes. En esta aplicación del método, la Universidad está obligada a la tarea experimental.

Cuando el artista o el científico en potencia llegan a la Universidad, ésta halla ya en ellos un líquido al fuego, dentro del cual un hermoso e invisible gas desea liberarse.

Por lo tanto, el ubicar y definir la vocación del alumno resultaría pérdida de tiempo. Ese es un deber urgente y substancial de la educación pre-universitaria. La Universidad tiene como deber proporcionar al científico:

El científico.

- 1.—Científicos-guías;
- 2.—Laboratorios;
- 3.—Libertad de obrar en esos

medios de estudio y experimentación, de tal suerte que el propio "alumno" adquiera conciencia de la necesidad de normas.

4.—Conocimiento social, o sea conciencia del campo donde, ya directa, ya mediatamente, incide la acción de la ciencia.

El Artista.

Dentro del mismo criterio, debe dar al artista:

1.—Artistas-guías;

2.—Bibliotecas, museos, organizaciones musicales, teatro y más medios que faciliten la ubicación personal del artista;

3.—Libre ejercicio, bajo control de los resultados, a fin de que el artista palpe la necesidad de normas y aprenda a balancear un necesario individualismo con la jerarquía de las organizaciones humanas;

4.—A fin de que se dedique responsablemente al trabajo, sea con un arte abstracto o figurativo, con posición contemplativa personalista o afanosa de lo social, es preciso que le dé un profundo conocimiento de la realidad humana regional y universal. La actitud "torre de marfil" sólo vendrá consciente si resulta —lo cual es difícil— de una plena medida de responsabilidades. El arte puede no tener otro fin que sí mismo, no discutiré con Baudelaire, pero, por favor, que a esa convicción llegue un estudioso y no un despreocupado ig-

norante. Hasta allí el tema de la vocación. Cuánto queda por aclararse, fuera del alcance de un ensayo.

Para finalizar, sólo diré algo que me parece fundamental: ¿por qué al "científico" muchas universidades le privan de cursos básicos de cultura, lo mismo que al artista? ¿Por qué, en muchos países, el físico no conoce filosofía y el artista, física? ¿Por qué, en esos mismos países, ninguno de los dos estudia economía? Lo sé: la especialidad (nunca ponderado bien) no constituye el gran daño de nuestro siglo. Pero, a pretexto de ella, los ignorantes realizan diariamente amputaciones inútiles en el cuerpo orgánico de conocimientos de la juventud.

Este grave problema tiene que ver tanto con la vocación como con la profesión. La una y la otra se levantan sobre la base de la cultura. Pero sus campos son distintos. Consideremos en conjunto el papel de la Universidad, frente al científico, frente al artista y frente al futuro profesional. Sucede algo muy curioso. El nuevo artista necesita cursos, profesores, horario. La escuela de bellas artes, el conservatorio, las aulas literarias constituyen función primera de la Universidad. Pero el científico auténtico ni debiera matricularse ni tiene para qué dar exámenes. En efecto, parece que hubiera un orden omnipresente que tomara precau-

nes: el artista no ha sido confundido con nadie; la pedagogía, para él, por lo tanto, sólo necesita sistemas comunes; mas, en cambio, al científico se le ha confundido con el profesional y he allí que uno y otro exigen preparación muy distinta. Qué pocos planteles se han dado aún cuenta de ello.

El profesional está capacitándose para **su vida**, entendida en ella la de su familia; el científico para luchar **por todas las vidas**, a veces excluida la suya. (23) Nada más noble para nuestra Entidad que servir en los dos caminos, **luego de diferenciarlos**. Desgraciadamente, la Universidad del mundo entero, salvo la alemana, la francesa en algo, la norteamericana y alguna otra, han descuidado más al científico que al profesional; sin anotarse la española, que en buena proporción ha descuidado a ambos.

El profesional.

¿Qué debe dar la Universidad al profesional en preparación? Poco puedo decir que no se haya dicho. Ante todo, eso sí, y aunque lo repita, ha de facilitarle el ejercicio de la profesión y **excluir lo que a ello se oponga**. Los es-

(23)—Ciertamente, en ocasiones, el gran profesional puede ser un científico. Ello se deberá, en tal caso, a una vocación.

tudiantes universitarios que trabajan en funciones ajenas a sus libros constituyen una tremenda contradicción interna, **excepto si lo hacen dentro del propio medio profesional**. Esta acusación que vale para la Universidad en Latinoamérica y que es más bien para sus impotentes y dejados Gobiernos que a esto han conducido al pobre muchacho afanoso de aprender, parece incluir, por desgracia, cada día a otras regiones.

Pero lo que, sobre todo, exige el profesional es cultura. Como el artista. Como el científico: cultura y cultura.

Contacto permanente con la cultura.

Ya lo dije al comienzo, ésa, la gran misión unificadora de la Universidad, su "destino manifiesto".

Ahora bien, con los términos "cultura", "ciencia", tocamos problemas grandes y generales, que nos interesan globalmente. No podremos detenernos en particularidades. Prefiramos el gran estado anímico al análisis del paisaje.

Hemos hablado insistentemente del tema. La cultura, dijimos, es universal.

Sin duda, en el **conocimiento de la cultura**, siempre parcial, influyen el tiempo, la geografía, y muchos factores más. Pero la **cultura**, en sí, como ente, supera al tiempo, al espacio y a las

generaciones. La historia sólo viene a ser una sucesión de muros medianeros entre nosotros y esa gran contemplación global.

Planteada esta necesaria advertencia, caemos en la cuenta de otra consideración: la cultura, puesto que permanece, tiene en qué permanecer: es un contenido. Si, por vía didáctica, la comparamos con un líquido, nos formamos idea de cómo toma la forma del recipiente y de cómo estamos, frente a los hombres, ante vasos comunicantes, que se reemplazan entre sí, conforme la energía se transmite.

Misión—Resumen.

Hemos llegado, ya era tiempo, a definir claramente lo fundamental: La Universidad es el químico puesto a trabajar en esos vasos. Lo primero que debe conocer es la composición, los elementos del líquido; luego, apreciar el margen corrosivo y corruptor del recipiente; y, por fin, efectuar siquiera los elementales movimientos para que no se pierda una sola partícula o cualidad de su preciosa posesión.

En este lenguaje figurado, las cosas se han entendido mejor: la composición "cultura" no depende por esencia, una vez formada, de **un** recipiente-hombre, pero, como, de otro modo, no tuviera en qué conservarse ni fin para el cual conservarse, necesita **del** recipiente-hombre. La misión de la Universidad, consiste, así, en

atender la verdadera contextura de la especie humana, y preservar la cultura.

A nosotros, por hoy, nos interesa poco la cultura en abstracto, como valor, pudiéramos decir, matemático. Nos interesa **la cultura conservada y conservable**: la cultura y el hombre; el ente y su permanencia.

La Universidad y la política.

De allí, que la Universidad haya de cuidar todos los fenómenos intelectuales y afectivos de la especie humana. Pedir, por ejemplo, que la Universidad pierda su vigilancia sobre sociología, sobre política, su mirada científica sobre los Gobiernos, es un absurdo. Tampoco puede ni debe, si quiere atender a su destino, invertir los valores y someterse a una dependencia respecto del poder o de quienes pretenden ese poder: el Gobierno, los partidos políticos. Si a la Universidad corresponde juzgar científicamente los regímenes, las tendencias doctrinarias, sus luchas y crisis, ¿cómo admitir que sea prohijada por esos regímenes y esas tendencias? Del siglo actual, sólo conozco un noble y grande poder al que ha de servir la Universidad: la muchedumbre. Pero ni siquiera por ella ha de ser prohijada nuestra institución. La ha de servir, digo, pero guiándola.

Apuntes sobre la autonomía.

Y aquí llegamos a otro punto importante: la autonomía universitaria. Este concepto está congénitamente ligado al de libertad. Y, pese a todas las tendencias deformadoras, a todos los "autoritarios" del mundo, la libertad ha mantenido su esencia de comparación, de escogimiento. Ya es axioma aquello de que el hombre, las instituciones, mientras más cultos, mientras menos pobres, más libres.

Por suerte, el problema de la Universidad frente a la autonomía no es de falta de preparación; aún la más retrasada tiene virtudes para decidirse sola. El asunto es puramente político. Cuando se trata de autonomía universitaria, la pregunta que surge de los lados oficiales dice: "autonomía, ¿frente a qué?". Hay que darles la razón, y contestar la pregunta.

En efecto, no sólo frente a los Gobiernos, pero también ante ellos. **Si un gobierno conspira contra la Universidad**, natural es la defensa. **Si un partido político**, sea el que sea, quiere subordinar la Universidad a los intereses sectarios, lógica la rebelión. Si cualquier otro poder trata de instituir una servidumbre, desnaturalizado sería el no extirparlo de las aulas y de los corredores universitarios.

No creo que los intelectuales puedan dudar de la autonomía.

Esta constituye un principio casi absoluto, que sólo ha de restringirse, **aparentemente**, en cuanto ponga en peligro la vida de un Estado, de una Nación, de un pueblo o de la propia Universidad. Para ese evento hipotético, debería haber, de antigua previsión, no de nuevo hecho, un tribunal **no político**, formado por representantes de varias instituciones educativas, en lo posible, de varias universidades. No conozco todavía el caso de un solo plantel universitario que haya puesto en peligro la vida de un Estado. Mas, si llegara a suceder, ese tribunal **Universitario** (por ello hablé de restricción aparente de la autonomía) decidiría las medidas y llamaría, en su socorro, a la fuerza pública.

Creo que el verdadero problema es la plataforma política. No sé de Universidad alguna que moleste a los principios de Gobierno. Hay universidades, por gran fortuna, que molestan a ciertos tipos de Gobierno. Lo que pasa es que estamos en una metamorfosis de la institución. Siempre estaremos en ello. De ahí la inquietud estudiantil. Hay quien se asusta de tal razón. Pero mientras la Universidad se atenga a su búsqueda de cultura, nada será temible. Los jóvenes, al entrar en contacto con los problemas, liberan su nerviosismo. Agradecemos que para época tan difícil del hombre-guía, cual es la de su preparación, suelen estar abiertas las aulas universitarias.